

El collar

La nostalgia no puede fundamentar nuestra memoria de mañana

MARTA SAN MIGUEL



Es complicado contar algo de uno mismo sin desconfiar de lo que cuentas. No es que todos llevemos un embustero en el paladar que modula nuestras historias a su antojo, sino que cuesta diferenciar lo que pasó y lo que deseamos que pasara cuando recordamos. Estos días lo estamos viendo, todos tenemos un relato acerca de lo que ha sucedido hasta llegar a la investidura de Pedro Sánchez como presidente, me pregunto cómo recordaremos en el futuro esta crispada situación y cómo influirá en nuestra democracia de mañana.

Hoy es un buen día para preguntarnos por los apegos que tenemos a ciertas historias, y no porque sea 20 de noviembre, fecha importante para ciertas almas que estos días ejercen libremente su derecho a protestar pidiendo que regresen los tiempos en los que dichos derechos se penaban con la cárcel o algo peor, sino porque la actualidad nos ha vuelto a demostrar que la memoria y la nostalgia son dos conceptos que es necesario diferenciar. La memoria es nuestra identidad, la mezcla de lo que hemos vivido y lo que nos contamos, es donde está el porqué de nuestros actos, el aprendizaje de nuestros principios; la nostalgia, en cambio, es un sentimiento que te impide avanzar, como esas correas extensibles de los perros que corren sin ser conscientes de estar atados hasta que el tirón del collar los deja clavados.

Hay belleza en la nostalgia, es un sentimiento noble y honesto que puede sacar de ti una verdad profunda, pero no lo confundamos con el acervo de la memoria donde habita nuestro conocimiento de quiénes somos y cómo es la realidad que nos rodea, donde tenemos las razones para argumentar y dialogar frente a la peligrosa distinción de vencedores y vencidos. No lo confundamos porque en nombre de la memoria y sus apegos nos estamos colocando collares que nos atan a miedos, a silencios, a bandos y a ideas, y así, atados, solo ladramos.

Ahora que nos va a tocar convivir con el Congreso más fragmentado de la historia, con tantas sensibilidades y periferias representadas en los 179 diputados de ocho partidos que suman 12,6 millones de votantes, me pregunto qué pensaremos el día de mañana, cuando recordemos que hubo una Ley de Amnistía que hizo del perdón algo canjeable como si fuera un cupón con fecha de caducidad, mientras afuera, entre amenazas a algunos periodistas, una esvástica aparecía pintada en el escaparate de la librería Alberti de Madrid, y a los homosexuales se les deseaba la muerte a gritos desde la calle, con los móviles grabando. No sé qué echaremos de menos de estos días, pero la nostalgia no puede fundamentar nuestra memoria de mañana.

Cuéntalo: El Talibé mendigo

PEPI FARRAY

Creadora de la Fundación Farrah

Llegó la Independencia y la libertad para algunos, pero siguió perpetuándose esa terrible desigualdad, ahora bendecida por sus gobernantes

La Fundación Farrah sigue contando la problemática de los niños (varones) obligados a mendigar por las calles de las ciudades de Senegal.

Se estima en más de 100.000 el número de niños mendigos, con edades comprendidas entre los 4 y los 16 años, alumnos en las daaras, escuelas coránicas que los acogen como internos. Farrah nos cuenta que las daaras surgieron en los inicios de la colonización del país y servían para formar a los niños y niñas en el Corán, como oposición y protesta frente al país colonizador.

En aquellos tiempos, en los que se luchaba contra el invasor, y se pintaban las paredes con consignas de libertad e independencia, el marabout era la figura religiosa, encargada por las familias de la educación de los niños y niñas de una comunidad. Este alumno (talibé) vivía con su familia y al atardecer acudía a la reunión para aprender de un hombre, religioso, respetable, confiable en la mayoría de los casos, y a cambio de esta atención, las familias, incluidos los más pequeños, ayudaban, de manera puntual al marabout en su oficio. Porque este hombre de Alá, trabajaba en el campo, o atendía a su ganado, era artesano o vendedor de lo que se podía vender, para poder alimentar a su familia: a su mujer, a sus hijos e hijas y a mucha, mucha gente más; todos hermanos y hermanas, primas, primos, unidos en ese árbol genealógico maravilloso, en el que la sangre importa, pero importa mucho más la amistad y la lealtad. Hombres sencillos pero cultos en su mayoría, padres de familia que soñaban una África libre y justa.

Y llegó la independencia y la libertad para algunos, pero siguió perpetuándose esa terrible desigualdad, ahora bendecida por sus gobernantes. En los años 80 llegaron juntos todos los males que amenazaban más allá de la Frontera y el viento alimentó las terribles sequías,

obligando a campesinos y pastores a iniciar el éxodo a las grandes ciudades y el marabout, que sobre todo era un hombre, se unía a la fila de desheredados en busca de oportunidades en la ciudad. Y a todos les traicionó la naturaleza, expoliada y agotada por otros. Pero también les traicionó el fondo monetario internacional (FMI) apretando sin piedad la soga al cuello de la deuda externa.

Al llegar a la ciudad, los hombres buscaban sitios para traer a sus familias, pero las familias son tan grandes y los callejones de este mundo tan estrechos que no cabían todos y había poco trabajo para compartir. A partir de ese momento se inicia el calvario de los pequeños talibés mendigos.

Miles de marabouts establecieron estas daaras internas, que conviven con las antiguas daaras a las que acuden niños y niñas en horario de tarde a esa reunión, que se sigue realizando en muchas aldeas y ciudades, y las familias aportan algo de dinero o trabajos a la antigua usanza.

Pero a las viejas daaras nuevas de los 80 siguen llegando niños con apenas cuatro años de remotos lugares del país, de otras regiones, incluso de los países vecinos, para convertirse en mendigos en un lugar donde todas las personas creen que hay que dar limosna diaria para salvar sus almas. Daaras de infiernos que se multiplican, se asocian, se enredan, bajo el silencio de los corderos.

Un euro diario, en moneda o en 'especies' (cualquier cosa que se pueda vender, da igual unos terrones de azúcar, o unos calcetines llegados de Europa ya viejos), es la consigna aprendida, a veces con sangre, con la que sale el niño a mendigar.

No vamos a contar de los recorridos por esa calle con una vieja lata de tomate de la marca coeur brisé, ni de sus enfermedades evitables, o sus muertes evitables, no vamos a relatar cómo son sus noches, hacinados, durmiendo sobre el

miedo de otros, ese mullido colchón que impide que los trague la tierra.

Farrah, lleva desde 2008, analizando, estudiando e intentando comprender por qué, como dijo el poeta «a esta hora exactamente» hay más de 100.000 niños mendigando en las calles de Senegal, alejados de sus familias y abandonados por todos. Este estudio nos ha llevado a comprender alguna de las claves que permiten que en un país «democrático, casi emergente y buen socio para grandes negocios», se pueda convivir con 100.000 niños, explotados ante los ojos de sus instituciones democráticas, que han firmado y ratificado el convenio de derechos de la infancia. Y al desamparo de su constitución, que sigue lavada y planchada con aroma francés, en la que se puede leer claramente, en cualquier tipo de letra, que está penado por la ley todo lo que están haciendo a estos niños.

¿Por qué hacemos una/la campaña de sensibilización? ¿Para qué contamos una y otra vez lo mismo y cada vez con más fuerza?

¿Qué querrán?, preguntan algunos. Queremos que los mires, tan cerca y tan lejos, que lo cuentes, que firmes un basta ya, que se sepa que lo vemos, que lo sabemos, y que no haremos como con el rey desnudo, porque todos y todas sabemos que están ahí, que caminan kilómetros, que a veces no se les llena la lata de restos de arroz con pescado.

Y queremos decirlo en alto y en bajo, en todos los rincones de estas islas para que nos pongamos en pie, reclamándole a nuestro vecino que acabe con 100.000 historias de tristeza, de miedo, de soledad, que hoy no queremos contar.

La consigna es pasarlo, contarlo, alzar la voz si hace falta, porque como dijo uno de ellos a lo mejor no nos pueden ayudar, pero nos sentimos menos solos.

En pie por los pequeños talibés mendigos.

En pie por la infancia.

DESDE MI SOFÁ

'Las despedidas'

VICTORIANO S. ÁLAMO

Periodista



Jacobo Bergareche (Londres, 1976) se ha establecido como una de las voces más relevantes del panorama literario nacional tras la publicación de su celebrada novela 'Los días perfectos'. De nuevo, de la mano de la editorial Libros del Asteroide, ha regresado a las librerías con 'Las despedidas', una novela en la que regresan alguno de sus temas habituales, como las relaciones de pareja, las infidelidades y el peso cons-

tante de algunas acciones del pasado.

'Las despedidas' tiene como protagonista a Diego. En una cafetería de Menorca reconoce una mañana a una extranjera. Se topó con ella en un momento especialmente difícil de su vida (no lo voy a desvelar), durante un festival de música celebrado en Estados Unidos (país clave también en 'Los días perfectos', por cierto). Y tuvieron en aquel evento más que unas palabras de amistad... La única con-

dición que ella puso es que nada de nombres, lugares de procedencias y cuando acabara el festival, cada uno por su lado y punto y final. Pero el destino, muchos años después, vuelve a cruzar el camino de ambos, con Diego establecido dentro de su matrimonio y con descendencia incluida.

Lo que sigue dentro de esta ficción les toca descubrirlo a quienes se zambullan en sus aguas y naden —la metáfora marina tiene su sentido en las páginas— entre la prosa siempre cuidada y de fácil digestión —lo que no le resta méritos, sino al contrario— de la que hace gala Jorge Bergareche.

'Las despedidas' es breve, como las buenas despedidas, pero sentida y todo un soplo de aire de aire fresco en estos tiempos convulsos y de crispación.